

**Francisco Madariaga**

**Aliadas**

Después de todo lo que adoro en este  
planeta,  
¿será el comienzo de otra región de  
infinito?

Las rosas hieren a los hombres asesinos,  
y los bosques que los esconden están  
llenos de pus y de estampidos de oro  
de hadas y cigarras muertas.

Las rosas tienen sonrisas de mujeres  
no vírgenes,  
y son mis únicas aliadas naturales.  
Yo sé que un día me quedaré encantado,  
y me iré a vivir con las rosas, las hadas  
y las cigarras que mataron aquellos  
bosques,  
en un hotel para labios y para rosas.

## Nativa de ojos verdes

1

En aquel tiempo tenía yo miedo de la tierra  
 de mi corazón,  
 del miedo de la pureza,  
 frente al hondón del vacío magnífico,  
 pero cruel y estéril del Diablo:  
 magnífica sólo por su color cuando danza entre  
 las rosas.

2

Oh, Diablo,  
 no bebí fuego para vos, no me encendiste amando:  
 una mirada de llamarada verde me arrebató de  
 tus pactos y secretas intenciones,  
 y olí flores, aguas, vino, cabellos, labios,  
 y una herida como nenúfar entre las piernas de una  
 extraña muchacha,  
 que — aveces — se pintaba la pasionaria de sus  
 ojos verdes,  
 con el calor y la frescura del jazmín,  
 sobre una tela de hojas de palmeras,  
 mojada por la luna y por la sangre de mis labios.

3

Con una canción de agua dulce y sangrante,  
 un tropero se hundía en la sombra del sol,  
 y a la noche regresaba con un tesoro de amor para  
 la luna:  
 la luna de los palmares, que es azúcar del sol para  
 el corazón de las hadas.  
 Pero aquel adolescente fue expulsado de su reino de palmeras,  
 por el silbido de un largo tren de provincia,  
 y partió para otros amores, los amigos, el mar,  
 abandonando los caballos, las lagunas, los palmares.

4

Me alejé del país de las palmeras salvajes,  
 encendido por las ariscas recolectoras de las rosas,  
 y por el pájaro llameante de caridad del horizonte.

A Valentina, adolescente de ojos verdes,  
 mestiza de guaraní, que conocí en 1944.

**Celestes ojos italianos****1**

Margarita, ¡qué lejanos están el celeste,  
 el colorado, el verde, el amarillo!  
 Y vos, mi madre, en una tumba sin colores,  
 en medio de una provincia joyante,  
 vecina, en el cementerio, del viento que  
 se pudre en el corazón seco y negro de  
 ciertas familias.

¿Estarás cantando la canción que cantaban  
 tus celestes ojos italianos?

¿O estarás escuchando cómo canta mi corazón,  
 que fue la única maravilla en tu fracaso,  
 y en tu terror a los viejos gauchos  
 bandoleros?

**2**

Llueve para tus ojos el color de unas invisibles  
 esmeraldas,  
 y estoy, por primera vez, cantando para vos,  
 junto a un mar salvaje y aldeano.

**3**

El resplandor de dos países natales encendió el color,  
 a veces verde, de mis ojos,  
 y deambulé, condenando a los impostores de la poesía,  
 con los sueños y poderes de las aguas,  
 brillando, desesperado, en mi amistad con los gauchos  
 más arcaicos.

**Apariciones en un tren del Nordeste****1**

Canta la transparencia de una dama que se llama  
 Despedida:  
 está encantada,  
 todo fue muy lujoso entre las hadas de las lágrimas.

**2**

Sus ojos arden de cobalto:  
 el cobalto de la negritud de un sueño que  
 atropella a los esteros.

3

Es el viento de la sangre de una muerta,  
el que descubro en el viaje de un tren hacia la  
nada que sangra.

4

Ten piedad de sus ojos que lloran sangre de  
criminalidad.

5

La ardieron, la hundieron entre juntos que no tenían madre ni padre,  
y sollozaban por la sombra muerta y ámbar de un  
caballo.

6

El sol lleva a cabo su crimen de transparencia,  
y el agua se transforma en sangre de infinitud.

7

— Adiós — dice en este aire el tren que nunca fue  
expreso.  
¿Es el único relicario en las cuchillas y entre  
esteros andantes?

a Graciela Ardoz

### Otra vez Esmeralda

Junto a este mar del Este,  
¿Volverá para envolverme nuevamente  
en el perfume de sus ojos?,  
diciéndome:

— Cantaré canciones de tu juventud,  
y me quedaré hasta que te vayas a otra  
región del infinito.

Cuando eso suceda, volveré a suicidarme,  
abrazada a tu rústica camisa de apios  
y de almendros  
soleada y ensangrentada por tu campaña bárbara.